

A UN ANTICUARIO



À UN ANTICUARIO

CON MOTIVO DE SU CASAMIENTO

VENTUROSOS desposados
que en la región de Himeneo
vivís hoy encadenados,
perdonad estos osados
alardes de amor pimpleo.

 Mi epitalamio os dedico:
yo de talento tan pobre
como de ilusiones rico,
en mis versos, que son *cobre*,
mi amistad, que es *oro*, explico.

 Mas ¡oh querido Javier!
¿cómo, pues, en tu *afición*
á los recuerdos de *ayer*
pudo una joven tener
sobre tí jurisdicción?

 ¿Tú adoras la juventud?
Tú, tan célebre *anticuario*,

¿amas con dulce inquietud
sin buscar ya el *ataud*
de Sila, Iugurta ó Mario?

¿Una joven te interesa
y en su hechizo celestial
hoy tienes el alma presa?
¡Ah! Si fuese una *druidesa*
ó siquiera una *vestal*!

¡Si fuese una momia extraña
de aquellas tierras que el *Nilo*
con anchos raudales baña!
Vamos, me tienes en vilo:
tu amor parece patraña.

Mas al fin ya he descubierto
la razón que te ha guiado
con tan asombroso acierto;
dame albricias, que has llegado
de la paz al dulce puerto.

Hallaste por tu ventura
una hechicera beldad
que atesora un alma pura,
y en pocos años de edad
muchos siglos de hermosura. (1)

Y la razón aconseja
que el lazo de amor te ciña
á tan brillante *pareja*,
que esconde *virtud* muy *vieja*
bajo de ~~ser~~ faz tan niña.

(1) Frase de Calderón.

Tierno amor, amor profundo
lleno de filosofía,
inalterable y fecundo,
que llenar promete un día
de *anticuarios* todo el mundo.

Serán sábios los varones,
pero nacerán con *canas*,
mostrando sus aficiones,
y harán mil *disertaciones*
cuando tengan dos semanas.

Animosos y robustos,
fuertes, formales y feos
serán los niños *vetustos*
del siglo de los *Augustos*,
como *marciales trofeos*.

Pero las hembras serán
como el éter puro hermosas,
y aun al sol eclipsarán,
que á su madre si son rosas
y lirios retratarán.

¡Y vos, Lola, que desvelos
causais en *Roma* y en *Grecia*,
porque bien saben los cielos
que ya de vos tiene celos
Aspasia, *Safo*... y *Lucrecia*!

Mas no dejo de pensar
en lo vivo y sorprendente
que será vuestro ajuar
si vos quereis ágradar
al filósofo eminente.

En él es ropa de pega
nuestro *frac*, que sólo en boga
puede hallar su mente ciega
la antigua *clámide griega*,
la vieja *romana boga*.

Y pagará el anticuario
en las tiendas de comercio,
aunque exijan lo contrario,
con el *as*, con el *denario*,
el *óbolo* y el *sextercio*.

Guardará tal vez el vino
en *ánforas* verdaderas,
invitándoos tierno y fino
á beber en sus *pateras*
de buen barro *saguntino*.

Siempre os tendrán en un tris
sus *arqueológicas* pruebas,
y viajareis vis á vis,
no hacia *Londres* y *París*,
sino hacia *Memphis* y *Tebas*.

Y sepulcros visitando,
ireis siempre los dos juntos
inscripciones descifrando,
con frecuencia remedando
la procesión de difuntos.



A LA SEÑORA

D.^a Rafaela Diaz de Morales, de Ramirez
DE ARELLANO



A LA SEÑORA

D.^a Rafaela Diaz de Morales, de Ramirez
DE ARELLANO

QUISIERA yo, señora,
un cuadro bosquejar, y que las flores
me diesen y la aurora
sus tintas y sus mágicos colores
para pintar las célicas dulzuras
que ofrece la familia, nudo santo
que doma las pasiones
y al alma brinda su divino encanto.

¡Cuán hermoso, señora, cuán hermoso
es para la mujer pasar la vida
al lado siempre de su tierno esposo,
que del poder le cubre con la ejida!
Y en cambio sus dolores más acerbos
ante la fiel esposa ve trocarse
en dichas y en dulzuras sus enojos

á la menor sonrisa de sus labios,
á la menor mirada de sus ojos.

¡Qué placer estrechar á los queridos
hijos entre los brazos
y en ellos ver pedazos desprendidos
del corazón, que férvidos latidos
lanza de amor haciéndose pedazos!

Y colmar de caricias
esos seres radiantes de inocencia,
y ver entre purísimas delicias
multiplicarse en ellos la existencia.

Y despertar al son de sus vajidos,
más dulces que el trinar de ruiseñores,
y ver en sus mejillas
la imagen de la aurora y de sus flores.

Y luego á la vejez verse cercado
de ángeles tutelares
que al padre velan, cuidan y defienden,
como si fuesen los antiguos lares.

Yo, señora, querría
encontrar esas tintas seductoras
conque quizás al cuadro prestaría
su verdad y su célica belleza;
mas ¿qué importa? en el pecho de una madre
estará lo que falta en mi cabeza.



A S S. M M. y A A. R R.



A S.S. MM. y A.A. RR

1 8 6 2

QUÉ placenteros vivos
resuenan sin cesar, estremeciendo
la bóveda eternal? ¿Qué tronadores
gritos circulan por doquier de amores,
al alcázar del sol raudos subiendo?
¿Por qué este pueblo, como mar potente,
deshecho en bravas olas se levanta
y en redoblado aplauso, reverente
hace estallar su pecho y su garganta?

Es que Isabel, la sin igual señora,
justa, clemente, generosa y bella,
la del sólio español fúlgida aurora
y la del mundo rutilante estrella,
nuestra Reina y augusta protectora,
graba en el suelo cordobés su huella,

y el pueblo alborozado,
de inmenso gozo y entusiasmo lleno,
de vivo amor el corazón hinchado,
abre paso al volcán que arde en su seno.

Sí, acude, pueblo fiel; ve presuroso;
los encendidos aires ensordece;
alza tu voz al cielo fulgoroso
y tus altas murallas extremece.
El manto de las nubes
rasga con los relámpagos radiantes
que tu mano forjó. Tus altas torres
que en velo azul envuélvense gigantes,
desaten esas lenguas que vibrantes
hablan en ronco son á los querubes;
y hasta el Bétis que en lánguida corriente
los bellos campos cordobeses baña,
alce llena de luz la hundosa frente
y salude á Isabel, Reina de España.

Sí, celestial señora;
tú, que ocupas el trono de dos mundos
dándole brillo con gloriosos hechos,
recibe los profundos
afectos que rebosan nuestros pechos
que de lealtad blasonan;
una sola dulcísima mirada
de esos tus bellos ojos ambicionan:
por ella combatieran,
su sangre en mil torrentes derramando.
El mismo sol bajo tus pies pusieran,
tu nombre en las batallas invocando
y el santo nombre del Tercer Fernando.

Córdoba, la ciudad de noble historia,
la que á los rayos de morisca luna
en la noche fatal de los errores
dió clara luz cual fulgorosa estrella,
y luego del olvido
en el innoble seno reposaba
y sus marchitos lauros seductores
con lágrimas tristísimas regaba,
ya recobra su espléndida fortuna
y su corona deslumbrante y bella;
hoy amanece al sol de tus amores,
hoy la despierta el brillo de tu gloria,
hoy que goza, Isabel, de tus favores,
hoy ha logrado su mayor victoria.

Mas qué... ¿Córdoba sola
gozó de tus bondades, Reina augusta?
¿Fué sola en adorarte
esta hermosa ciudad, y en contemplarte
noble, clemente, generosa y justa?
No; de Pirene altivo,
desde la enhiesta cumbre de esmeralda
que en la bóveda azul tibia se pierde,
á la ciudad Hercúlea que en la falda
buye del mar, y en el regazo verde
de Anfitrite amorosa
busca de las ondinas el arrullo,
siempre oirás invocar con noble orgullo
tu ilustre nombre, Reina poderosa,
y alabarán tu bienhechora mano
y la hoguera de amor que arde en tu seno,
con sus salvajes himnos el Oceano
y con dulce canción el mar Tirreno.

Desde que absorta España
de tus pupilas vió la luz primera,
de dulce libertad y de ventura
miró brillar la deliciosa era.
La tempestad bramó con fiera saña
de indómitas pasiones;
Marte agitó su formidable brazo
y unió torpes legiones
de ponderosos fierros con el lazo.
Sonaron por doquier gritos de guerra;
el tronar de los hórridos cañones
extremeció la tierra;
mas ¿qué pudo el violento fanatismo
si al pronunciar el español tu nombre
brotó en su corazón el heroísmo,
y recordando su inmortal renombre
domar supo los mónstruos del abismo?

Después bajo la ejida
de tu cetro á la par blando y potente,
deslizóse la vida
de España, cual las aguas de escondida
bajo dosel de flores limpia fuente.
Las artes comenzaron
á levantar triunfantes su alto vuelo;
con tu aliento purísimo se hincharon
sus alas, y á tu soplo se elevaron
bellos y libres á tocar el cielo.

¡Cuántos bellos prodigios
obró tu cetro, con su dulce alhago
fecundado la nada en solo un punto,
como la vara de asombroso mago!

Rápido el pensamiento
vió dilatarse su brillante vía;
nació la ciencia, se escapó el talento
de la estrecha prisión que antes tenía.
La celestial Poesía
descendió del edén entre fulgores,
y con la bella luz de su mirada
vistió la tierra de galanas flores,
y la materia por doquier domada
ante el hombre depuso sus furores,
siendo en las manos de tan noble artista
lo que en alas del viento leve arista.

Sí, que tú fuistes en la España hermosa
de progreso feliz la aurora bella.
Al despuntar su espléndida mañana
envuelta en oro y grana,
eres la blanca matutina estrella,
la perla en sus tesoros más preciosa,
y al florecer Abril la mejor rosa
que en sus pensiles mágicos descuella.

Adormido en el dulce paraíso
de paz, dichas y encanto
que en mi querida España sonreía
á la divina sombra de tu manto,
el valiente español ledo vivía;
pero de pronto el incansable infierno
dejó estallar su cólera bastarda
y derramó torrentes del eterno
tósigo horrible que en su seno guarda.

Probar sus fuerzas quiso
con los hijos del Cid y de Pelayo,

con tu ejército fiel incauto el moro,
y de la guerra el furibundo rayo
atrevido lanzó; tal vez creía
del español soldado valeroso
que en sus viriles miembros el reposo
era molicie que humillar podría;
mas rebramó el león, dejó sus lares,
y al nombre de su Dios y su Señora
venció los vientos, domeñó los mares
y hundió en el polvo la arrogancia mora.

De Tetuán en alto minarete
flotando al viento tu bandera estuvo,
y helado de estupor el Guadalete
su carrera á la mar triste detuvo.
Los inmortales héroes españoles
en sus tumbas saltaron de alegría.
Los ángeles cubrieron de arreboles,
de aromas y armonía,
el cielo puro de la patria mía;
y su velo eternal de opacas brumas
rompió el mar en el golfo de Lepanto,
abrió su boca envuelta en mil espumas
y repitió de Herrera el hondo canto.

¡Granada! .. ¡Tetuán!... de vuestros muros
iris hermoso de venturas prende
que la España y el Africa abrazando
sobre el soberbio Piélagos se extiende
y de Iberia los lauros eslabona.
En la torre de Alhambra que elevando
su frente á Dios de estrellas se corona,
la ilustre sombra de Isabel Primera,

con faz que en gozo celestial se inunda,
manda dulce saludo á la bandera
que de Tetuán en la muralla funda
la eterna gloria de Isabel Segunda.

Mas luego la clemencia,
que en tí tiene, Isabel, su noble asiento,
templando la violencia
con que acibara Marte la existencia,
puso al triunfo bellissimo ornamento,
y dió brillo á tu nombre y esperanza
de paz al pueblo, y al infierno envidia,
y burló las infames asechanzas
de la odiosa ambición y la perfidia.

¿Mas sólo los guerreros altos triunfos
enaltecen tu nombre soberano?
¡No!... ¿Quién, si tus grandezas
quiere cantar en éxtasis profundo
podrá dar al olvido
tu ardiente caridad, que siempre ha sido
honor de España, admiración del mundo?
El huérfano que llora
en triste desconsuelo,
abierto encuentra el cielo
en tu piadoso pecho, que atesora
virtudes mil; tu generosa mano
las lágrimas enjuga que crueles
bañan la faz rugosa del anciano,
y esas lágrimas puras
perlas serán de brillantez suprema
que en la eterna mansión de las venturas
darán regio esplendor á tu diadema.